

cipios en cuya virtud pronunciamos con autoridad y llegamos á la verdad pedida. Todo efecto proclama una causa, causa cuando ménos igual al efecto producido; toda accion necesita una fuerza, y toda fuerza no puede aplicarse sino sobre un punto resistente. Nada puede hacer que el continente no sea superior al contenido. No hay acto sin agente, ni calidad sin sustancia. Etcétera.

Á la cabeza de la moral tenemos también nuestros principios absolutos é indiscutibles, en virtud de los cuales juzgamos las acciones, los pensamientos mismos, y apreciamos su valor. Ellos son la base de nuestras leyes sociales; son la regla de nuestra conducta íntima; se extienden á todos los séres morales, sin distincion de mundos, de espacio ni de tiempo. La idea de lo justo y de lo injusto está en el fondo de nuestras conciencias. La fé jurada obliga, y cualquiera que hace traicion á sus juramentos comete una falta. El hombre envidioso y celoso de su hermano es criminal; el que consagra su vida al alivio del desgraciado, es virtuoso. Etcétera. Estas son verdades absolutas y universales.

No hay que confundir estas verdades *universales* con las verdades solamente *generales*, que, á pesar de su extension algunas veces ilimitada, no son, sin embargo, absolutas. Por ejemplo, cuando decimos que el año depende del movimiento de la Tierra, enunciamos una verdad general, que puede ser extensiva á un gran número de astros, pero que puede no serlo á otros astros sometidos á un sistema diferente del nuestro. En una Tierra, por ejemplo, que estuviese relativamente inmóvil en el centro de un grupo de Soles, el año no existiría; habria una astronomía y una física en todo diferentes de las de aquí; y sin embargo, no podria haber otros principios matemáticos ni otros principios de lógica para sus habitantes, etc. Las verdades generales pueden ser sugeridas por los sentidos, por la observacion exterior; y es

por lo que la escuela empírica no quiere distinguirlas de las univorsales. Las verdades absolutas, que no dependen ni del mundo ni de nosotros, son concebidas por otra razon; esta las alcanza, las descubre con la ayuda de los principios universales de que está provista; ella no los constituye. Por esto decimos que, en todas las razas, estas verdades absolutas son, como entre nosotros, la base originaria de los trabajos de la inteligencia.

Respecto al origen de las verdades absolutas, seguiremos el ejemplo que nos ha dado el padre de la filosofía ecléctica; estableceremos que estas verdades pudieran residir ó en nuestro espíritu, ó en los séres exteriores, ó en sí mismas, ó en Dios; y reconoceremos: 1° que nuestro espíritu percibe la verdad absoluta, pero no la constituye; 2° que los séres exteriores participan de la verdad absoluta, mas no la explican; 3° que la verdad no existe en sí misma; 4° que está en Dios, principio de los principios. El Sér supremo ha unido á sí todas las inteligencias por medio de este segundo lazo; *el destino de todos los séres dotados de razon, es elevarse al conocimiento de las verdades absolutas*, y estos séres poseen en sí los elementos y las nociones necesarias para desarrollarse y llegar á este conocimiento.

Cuando decimos que los principios universales de la verdad están depositados por Dios mismo en nuestra alma, y que forman la base de nuestras ciencias, no queremos decir que sean conocidos por todos en un mismo grado, y que en todas partes se hayan erigido sobre ellos edificios como nosotros lo hemos hecho aquí en la Tierra. Léjos de eso y por el contrario, importa establecer que los conocimientos humanos están mas ó ménos adelantados, mas ó ménos extendidos, segun estamos nosotros mismos mas ó ménos elevados en el orden mental. De los mismos principios se pueden deducir consecuencias erróneas. Si, por ejemplo, sobre los principios axiomáti-

cos de la numeracion y de la geometría hemos establecido sucesivamente nuestras proposiciones de aritmética, de geometría, de álgebra, de trigonometría, de análisis y de matemáticas trascendentales, desde los primeros teoremas de Eúclides, hasta el cálculo diferencial é integral que nos han legado Descartes, Leibnitz, Fermat, Lagrange, etc., no se dice por esto que en todos los mundos del espacio, en donde se cultivan las matemáticas, se haya elevado el mismo conjunto. Nada nos prueba que los medios de cálculo conocidos por nosotros sean los únicos que puedan emplearse, y que la via seguida por nosotros sea la única que pueda abrirse al génio del hombre. Si por un lado es cierto que Pascal y otros investigadores aislados hayan encontrado por sí mismos iguales propiedades geométricas que Eúclides y otros habian encontrado ya, es igualmente posible que en otros mundos tengan idénticamente las mismas matemáticas que nosotros. Pero tambien puede ser que en ciertos mundos se hayan detenido en las ecuaciones de primer grado, quizá Néper no haya tenido émulos, y las fecundas progresiones logarífmicas sean desconocidas á sus laboriosos calculadores; por el contrario, puede ser que en ciertos mundos el análisis infinitesimal sea de la incumbencia de escolares de corta edad, y se haya elevado allí á concepciones de las cuales no pudiéramos nosotros formarnos la idea mas remota. Nada se opone tampoco á que hayan construido otro cuerpo de matemáticas sobre las mismas proposiciones fundamentales que nosotros; que se hayan encontrado fecundos ciertos principios que creemos estériles; que se hayan deducido de ellos proposiciones nuevas, y que se empleen, para la solucion de los mismos problemas (ó de otros), métodos en todo diferentes de los que aquí están en uso. — ¿No tenemos nosotros mismos diversos métodos para resolver las mismas cuestiones? Es preciso saber, por

una parte, que cada inteligencia está limitada, si la consideramos en un momento dado, y que, segun su capacidad, se halla como en el centro de una esfera mas ó ménos extensa, fuera de la cual ya no vé nada; y por otra, que cada cual tiene sus aptitudes y su facultad de invencion propia, de modo que sobre los mismos principios universales, pueden haberse elevado una inmensa variedad de ciencias.

Hecha esta restriccion, restablezcamos el punto reconocido anteriormente: que los principios absolutos de las verdades eternas están en la conciencia de toda alma responsable; que son la luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo, y que constituyen, juntamente con los de lo Bello y de lo Bueno, la unidad moral de la creacion. Al terminar coronaremos nuestras aserciones con las palabras de Bossuet en su *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, como hemos coronado nuestras aserciones sobre lo Bello con las palabras tomadas del *Banquete* de Platon.

« Las verdades eternas que representan nuestras ideas son el verdadero objeto de las ciencias. Si busco en dónde y en qué objeto subsisten eternas é inmutables, me veo obligado á reconocer un Sér en donde la verdad esté enteramente subsistente, y en dónde siempre se la encuentre; y este Sér debe ser la verdad misma, y debe ser la verdad toda, y de él es de quien deriva la verdad en todo lo que hay y se oye fuera de él. En él, por tanto, de una cierta manera que me es incomprensible, en él, digo, es en quien veo esas verdades eternas; y el verlas, es volverme hácia Aquél que es inmutablemente todo verdad, y recibir sus luces. Este eterno objeto, es Dios, eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la misma verdad. En este Eterno es en donde subsisten las eternas verdades. Allí tambien es en donde yo las veo, y en donde todos los hombres las ven como yo.

» ¿De dónde viene á mi espíritu esta impresion tan pura de la verdad? ¿De dónde le vienen esas reglas invariables que dirigen el raciocinio, que forman las costumbres, por las cuales descubre las proporciones secretas de las figuras y de los movimientos? ¿De dónde le vienen, en una palabra, esas verdades eternas que tanto he considerado? ¿Son los triángulos y los cuadrados y los círculos que yo trazo groseramente sobre el papel los que imprimen en mi espíritu sus proporciones y sus relaciones? ¿Ó bien hay otras cuya perfecta exactitud hace este efecto?... ¿Hay en alguna parte, en el mundo ó fuera del mundo, triángulos ó círculos subsistentes en esta perfecta regularidad, de donde pudiera imprimirse en mi espíritu? Y estas reglas del raciocinio y de las costumbres, ¿subsisten tambien en alguna parte, desde donde me comunican su inmutable verdad? ¿Ó no es mas bien que Aquel que ha esparcido por todas partes la medida, la proporcion, la verdad misma, imprime en mi espíritu la idea exacta?... Lo cierto es que Dios es la razon primitiva de todo lo que hay y de todo cuanto se oye en el universo; que es la verdad original, y que todo es verdadero con relacion á su idea eterna, que buscando la verdad la buscamos, y que hallándolo la hallamos. »

Quanto hemos dicho sobre las ideas universales de bello y de verdadero, que son comunes á la razon de todas las inteligencias creadas, debe aplicarse con mayor motivo á las ideas absolutas de lo bueno, que están en el fondo de la conciencia humana. La idea de lo bueno está además íntimamente ligada á la idea de lo verdadero, porque lo bueno absoluto no es otra cosa que la verdad moral absoluta. Lo que sigue, es, por consiguiente, el corolario preciso de lo que precede, y será todavía mas fácil demostrar que hay en el fondo de la moral principios absolutos é indefectibles, lo mismo que en el fondo de la psicología, de la lógica y de la metafísica.

Así como anteriormente, estableceremos que la filosofía no inventa, sino que comprueba y describe lo que existe. El hombre no puede crear, no puede formar una verdad moral, como tampoco puede inventar una verdad del orden metafísico; todo lo que le es dado hacer, es elevarse al conocimiento de una verdad existente, descubrirla y ponerla en actividad segun su código de raciocinio.

Por esto opinamos, con la gran mayoría de los filósofos, que los principios universales de la moral pueden establecerse con el asentimiento general del género humano; que el papel y el método de la filosofía se limitan aquí á compilar lo que la humanidad cree y piensa, á ser su intérprete fiel, y á expresar en cuerpo de doctrina las ideas que todo hombre en el fondo de su conciencia considera como pertenecientes á lo bueno. Y en esto el sentido comun es nuestro juez. En todas las edades, entre todos los pueblos, el hombre ha distinguido lo justo de lo injusto; en todas partes el hombre ha comprendido la nocion del deber, la de la virtud, la de la abnegacion y del sacrificio; en todas partes, en el estudio de las lenguas, expresion del pensamiento, en la vida exterior de las familias y de los pueblos, en la conciencia privada de cada uno de nosotros, en todas partes encontramos juicios absolutos de estimacion ó de desprecio acerca del valor moral de las acciones, juicios decretados en el tribunal de nuestra alma, que ésta ha formulado con autoridad y conocimiento de causa, y cuya naturaleza ninguna autoridad puede cambiar.

Lo mismo en la moral que en la lógica y en la estética, todos los hombres no son igualmente capaces de conocer y apreciar en su valor íntegro todos los principios que constituyen el bien; esta facultad de emitir juicios siempre exactos, de tener en el fondo de su conciencia la nocion clara y precisa de lo bueno y de lo malo, y de ser por

consiguiente *responsables*, esta facultad es mas ó ménos completa en nosotros, segun estamos nosotros mismos mas ó ménos elevados en el órden moral. Por tanto, importa no confundir los principios naturales de la moral y de la religion con ideas sacadas del estado de naturaleza, y no buscar, como se ha hecho, los axiomas del bien y la sancion de nuestros juicios en el estado salvaje de los primeros hombres ó cuando ménos en el de los hombres inferiores. Así como nosotros no hemos buscado la idea de lo bello y de lo verdadero entre esos seres que no tienen de humano mas que el nombre, y que están sentados en el escalon inferior de nuestro reino, uniendo éste en cierto modo al reino animal, tampoco les pedimos el verdadero código de la moral. Léjos de eso, esta consideracion pondrá mas en evidencia nuestra doctrina sobre el órden gerárquico de las inteligencias, y dará una idea de esta gerarquía universal de las almas, mas ó ménos elevadas en la nocion y en la práctica de lo bueno.

Para conocer los verdaderos principios de la moral, es preciso buscarlos en la conciencia del sér humano llegado á su plenitud de vida interior, á su estado de actividad libre y completa, y no en un supuesto estado de naturaleza ó en la humanidad en mantillas; es preciso interrogar al hombre á quien el estudio de sí mismo y el aprendizaje de la vida han ilustrado, y no al hombre envuelto todavía en los pañales del primer sueño. Nuestra conciencia universal nos dicta sus leyes, que son las de la moral absoluta. Nos enseña que los principios que buscamos, y en cuya virtud juzgamos del mérito ó del demérito, no residen en la doctrina de la sensacion, en la preconizada por Epicuro, ni en la moral fundada sobre el interés, las cuales conducen al despotismo y á la decadencia. Tambien nos enseña que la moral del sentimiento, opuesta á la moral del egoísmo, no es suficiente; que la moral fundada sobre el interés del mayor número es in-

completa; que la que se fuda en la sola voluntad de Dios ó en la esperanza de las penas y de las recompensas futuras es igualmente defectuosa. El análisis de los hechos psicológicos que pasan por nosotros cuando somos llamados á juzgar las acciones de los demás y las nuestras propias, este análisis nos muestra que el juicio de lo bueno y de lo malo descansa en la constitucion misma de la naturaleza humana, como el juicio de lo bello y el juicio de lo verdadero, y que, lo mismo que estos dos juicios, el primero tiene por carácter el ser sencillo, primitivo é indescomponible. — Como todas las demás ciencias, tiene la moral sus axiomas, y estos axiomas se llaman en todas las lenguas verdades morales; axiomas y verdades que no se doblegan á ningun capricho, que pronuncian con autoridad en el fondo de nuestra alma, que arrojan en ella el remordimiento y el terror, ó que derraman en ella la calma y la serenidad; que nos condenan ó nos absuelven; que nos juzgan, en fin, en nuestro valor verdadero.

Estos principios constituyen la verdadera moral, pertenecen á todas las razas del espacio, y enlazan en la misma unidad á todas las almas responsables <sup>1</sup>.

Estos principios, como los de lo bello y de lo verdadero, no son entidades puramente abstractas é inexistentes; no son una creacion imaginaria de nuestras concepciones; estos principios existen, absolutos, irrevocables, en el sér primero que los constituye. De la nocion de lo

1. M. Renan, cuyo vago panteísmo no deja de cuando en cuando de esparcir ciertas luces, se ha encontrado con nosotros sobre este punto. Refiriendo el encuentro de Jesus con la Samaritana y estas palabras del Maestro: « Ya no se adorará ni sobre esta montaña ni en Jerusalem, sino que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. » — En este día, dice, Jesus fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán todas las almas elevadas hasta el fin de los tiempos. Su religion, en ese día, no fué solamente la buena religion de la humanidad, fué la religion absoluta; y si otros planetas tienen habitantes dotados de razon y de moralidad, su religion no puede ser diferente de la que Jesus ha proclamado cerca del pozo de Jacob.

(Nota de la 4.ª edición.)

bello, de el conocimiento de lo verdadero, nos hemos remontado á una unidad que es la belleza absoluta y la verdad absoluta; elevémonos igualmente de la noción de lo bueno á la unidad que es el bien absoluto. *Unidad* suprema que resume en sí la perfecta belleza, la perfecta verdad, y el verdadero bien. Sér infinito al cual están unidas todas las almas de todos los mundos por los principios universales que hemos analizado; Sér supremo que ocupa la cúspide de la perfeccion, ó mejor dicho, que es la perfeccion misma, y hácia la cual el destino de toda alma humana es elevarse incesantemente.

Y desde el fondo del corazon, todo sér pensante que se eleva á la contemplacion del Eterno puede invocarlo con amor, y dejándose arrebatado por una santa inspiracion, decirle, en nombre de todos sus hermanos del espacio: «Voluntad sublime y viviente que ningun hombre puede expresar, que ninguna idea puede abrazar, yo puedo sin embargo elevar á tí mi corazon, porque tú y yo no estamos separados! Dentro de mí se hace oír tu voz; en tí, lo incomprendible, mi propia naturaleza y el mundo entero se me hacen inteligibles; cada enigma de mi existencia queda resuelto, y una perfecta armonía reina en mi alma. Tú creaste en mí la conciencia de mi deber, la de mi destino en la série de los séres racionales; ¿cómo? yo lo ignoro; pero, ¿necesito saberlo? Lo que yo sé, es que tú conoces mis pensamientos y aceptas mis intenciones, y la contemplacion de tus relaciones con mi naturaleza infinita basta para tranquilizarme y para hacerme dichoso. Por mí mismo, no sé en realidad lo que debo hacer; no obstante, obraré sencillamente, serenamente y sin artificio, porque es tu voz la que me manda, y la fuerza con que cumplo mi deber es la tuya propia. No tengo ningun temor de los sucesos de este mundo, porque este mundo es el tuyo. Todo acontecimiento forma parte de tu plan; lo que en ese plan está

positivamente bien, ó es solamente medio de evitar el mal, yo lo ignoro; pero sé que en tu universo todo terminará bien, y en esta fé me mantengo firme. ¿Qué importa que yo no conozca lo que es simple semilla, flor ó fruto perfecto? La única cosa que me atañe es *el progreso de la razon y de la moralidad entre los séres racionales*. ¡ Ah! ¡ bajo qué aspecto tan glorioso se me aparece el universo cuando mi corazon está cerrado á todo deseo terrestre! ¡ Las masas inertes y embarazosas que solo sirven para llenar el espacio, se desvanecen, y en su lugar un eterno oleaje de vida, de fuerza y de accion se desprende del gran venero de vida primordial, de su vida, oh tú la eterna Unidad <sup>h</sup>! »

Resumamos nuestra filosofia en una síntesis final.

Hay principios absolutos de justicia y de verdad que residen en Dios, soberano Criador. Estos principios son los que constituyen la *unidad moral* del mundo; ellos son los que enlazan armoniosamente todos los espíritus al Espíritu Supremo. En los mundos donde son estimados y reinan exclusivamente, la humanidad ha recorrido laboriosamente la inmensa série de pruebas; se ha emancipado de todas las influencias de la materia, se ha acercado á la última perfeccion, y resplandece en el seno de la divina aureola. Allí brilla una naturaleza enteramente bella, una vida sin sombra, un pueblo sin tacha; allí reposa el espíritu de Dios, inundando á todos los séres, como la pura luz que emana del cielo oriental. En los mundos ménos elevados, esos principios de justicia y de verdad no reinan aun como soberanos, no son comprendidos en toda su grandeza ni practicados en toda su extension; no son la única brújula que consultan los hombres en su ascension hácia la felicidad á que aspiran. Á medida que se descende en la gerarquía de los mun-

1. Fichte. *Destination de l'homme*.

dos, se reconoce que estos principios están cada vez mas velados por el predominio de la materia, y sobre los mundos inferiores, en donde la humanidad apenas ha avanzado algunos pasos en la senda de la perfeccion, las tendencias primitivas de la animalidad dominan y se oponen al desarrollo de los afectos del alma. Es, mas en grande, el espectáculo que se manifiesta en pequeño en nuestra propia residencia. El espíritu se eleva tanto mas cuanto mas se desprende del dominio de las cosas corporales, al mismo tiempo que se instruye en el conocimiento de la verdad y de la moral. Esta nocion que toda conciencia humana lleva en si, es apenas sensible en el alma primitiva, donde está confusamente mezclada á los instintos groseros; mas tarde se hace evidente, se desprende y sirve de hilo conductor al hombre que se perfecciona. De este modo es el lazo universal que une á Dios todas las razas del espacio.

El mundo de la Tierra está situado entre los rangos inferiores de esta especie de gerarquía moral. Considerándolo en este lugar, dejamos que la obra divina se manifieste en toda su grandeza. Ya no reniega el pesimista del nombre del Primero de los séres, porque sabe que cada cosa tiene su puesto marcado en el orden de la creacion, y que la naturaleza es una inmensa ascension de los séres hácia Dios. El universo está completo por si mismo; la naturaleza inteligente está intimamente ligada á la naturaleza física; ambas se completan mutuamente; aisladas, su existencia seria estéril; reunidas, son la expresion viva del Pensamiento divino. Para el que cree en la enseñanza de la Pluralidad de Mundos, el orden de las inteligencias se engrandece así como el orden de los séres corporales, la vida universal anima á uno y otro, y la obra de Dios, infinita en sus desarrollos sucesivos, aparece á los ojos del alma como la mas grandiosa, como la mas bella de las imágenes que nos sea dado concebir.

## III

## LA HUMANIDAD COLECTIVA.

Las razas de los otros Mundos y la raza de la Tierra son una sola humanidad. — El hombre es el ciudadano del cielo. — La familia humana se extiende, mas allá de nuestro globo, en las tierras celestes. — Parentela universal. — Pluralidad de Mundos y pluralidad de existencias. — La eternidad futura no es otra que la eternidad actual. — Regiones de la inmortalidad. — Últimas consideraciones sobre la doctrina de la Pluralidad de Mundos.

Hemos estudiado el universo bajo su doble aspecto: bajo su aspecto físico, en la grandeza de los objetos y en la armonia de las leyes que los rigen; bajo su aspecto moral en la vida intelectual de los séres que lo habitan.

Los mundos han recorrido bajo nuestros ojos el ciclo de sus inmensas revoluciones; se han presentado á nosotros en su estado real, con los elementos que constituyen su individualidad, con las riquezas variadas que los distinguen. En su superficie hemos reconocido la existencia de razas de diferentes órdenes segun el mundo á que pertenecen.

Y en este doble cuadro, la vida nos ha parecido circular por todas partes, como torbellino invisible animando á cada átomo de materia. El espacio infinito que se extiende sobre nuestras cabezas ya no está vacío, silencioso, desierto para nosotros; ya no nos es indiferente. Es la arena en donde se efectúan los pacíficos combates de la eterna Vida; es el campo donde germi-